

APUNTES

2.

15 de Julio de 1931

La otra crisis

El Tiempo, Bogotá, 18 de mayo, 1931.

Un grupo escénico criollo inicia en el Colón una serie de experimentos para crear teatro nacional. No sabemos el éxito de la iniciativa todavía, pero ya vemos el primer obstáculo. Hay actores criollos. ¿Cuándo y cómo se convocarán los autores? Se puede construir una escena autóctona. Pero es difícil crear autores colombianos. El país hace mucho tiempo que no piensa, que no siente, que no escribe, que no lee, que no se anima ni agita intelectualmente. Asistimos a la decadencia y a la ruina de la inteligencia colombiana. El Presidente anuncia que saldremos de la crisis económica a fines del año de 1931, si se logran determinadas leyes. No hay nadie que pueda decirnos cuándo comienza otra vez Colombia a vivificar su espíritu. Se puede asegurar, sin escandalizar a nadie, que el país está en receso de pensamiento desde que se inició la era de los empréstitos. Coincidencia que pue-

de ser también otro de los males provocados por el régimen. Todo lo más, ha habido inquietud verbal de la política, mucho grito artificial, mucha clarinada para despertar multitudes de durmientes. Pero de resto se diría que se han cerrado las puertas solemnes del templo de Minerva y que hay apenas una luz vacilante de la inteligencia colombiana que amenaza perderse.

Sería materia histórica y crítica de lento esfuerzo la de decir si en alguna época pasó el país una crisis tan devastadora como ésta que hay ahora en el espíritu. Ni un libro, ni un gran escritor que haga su aparición, ni una generación que pase por sobre los cadáveres de las anteriores, ni un gesto de brillantez e inquietud. Gramáticos éramos antes, y se consumían vidas enteras sobre el confuso origen de las palabras y sobre la manera de colocarlas en marcha ordenada. La reacción de los hombres de negocios, iniciada al incorporarnos a la vida económica del mundo, despobló al país de gramáticos. Hemos quedado satisfechos de esa depuración, y sin embargo no hemos aprendido a hacer negocios. La fiebre oscura de codicia romántica que se apoderará de nuestros financieros y hombres de comercio en los días de la prosperidad, ¿no está diciendo que todo es endeble, fofo y sin consistencia en el paisaje intelectual de Colombia?

Hace muchos años el país adquirió una fama internacional vaga y muy mal cimentada de república intelectual. Bien es cierto que los viajeros que de tal anomalía americana daban cuenta, se referían más bien a cierta gracia y ligereza tropical, más bien que a disciplina u ordenación alguna. En nuestra universidad sigue sintiéndose un vasto silencio de conejos. Roer de ideas de cemento, ideas en bloque, y una absoluta carencia de

espíritu investigador. Cuando esto era una colonia española, y tenía el anatema regia toda cultura, tropezábase aquí cualquier europeo con estudiosos del tipo de Caldas, que adivinaban la república, la medían, la pesaban, y sabían exactamente qué suelo les había tocado en fortuna. En la introducción a los estudios geográficos del Nuevo Reyno, Caldas cita con frecuencia lejanísimos colaboradores, que en provincias tenían correspondencia permanente con el investigador del Observatorio, y realizaban curiosas expediciones científicas para orientarse sobre un territorio desconocido. Y muy poco, desde entonces, se ha avanzado en la geografía colombiana. Vivimos sobre una tierra que nadie conoce, que nadie mide, con riquezas o sin ellas, pero sobre una serie de hipótesis absurdas, que nos meten en la cabeza a martillazos en las escuelas y que no volvemos a reconsiderar nunca. Es un país nebuloso. Nadie estudia. Nadie quiere saber. Nadie pregunta a la naturaleza colombiana sus secretos, y nos sucede lo contrario de lo acaecido al preguntón de la esfinge: nos devora la naturaleza por no averiguarle sus enigmas.

Los "hombres prácticos" a quienes se entregó la república fatigada de sus hombres sin práctica, deberían responder qué hicieron de ella mientras les duró su mandato. El desprecio por la inteligencia es lo único que ha quedado de toda esa serie de insensateces que urdieron. Se fatigó Colombia de los intelectuales y se entregó a los pragmatistas. Ahora comienza a fatigarse de los políticos. Nosotros nos preguntamos con sorpresa y con espanto en qué manos caerá el día que reniegue también de los políticos. Porque apenas es concebible la ignorancia de los "prácticos" en cuestiones de Estado. El práctico

es un simplista. Quiere aclarar las cosas, para poder entenderlas. Es un camino terrible para adquirir verdades. Cuando se dijo, bajo la influencia de los comerciantes-estadistas, “vamos a construir carreteras, porque el país no necesita sino vías de comunicaciones”, nos precipitámos en este caos que cierra bruscamente todas las puertas normales a la vida económica. ¿Con qué otro sofisma se nos asaltará cualquier día, cuando se comience a sentir la fatiga de los políticos?

Concluída esta lucha que se elevó a la tragedia por la mera disposición de las leyes electorales, que hacen del elector un burlado o un burlador, sigue la crisis económica y fiscal ocupando el noventa y nueve por ciento de los pensamientos colombianos. Pero si salimos de ella —como parece indicarlo todo—¿qué quedará del país? Una república sin ideas. Dos partidos que luchan con encarnizamiento para ocupar el poder público, sin una orientación precisa. Y el más grande vacío en la universidad, en la escuela, en el colegio, que siguen su marcha por puras leyes físicas de impulso.

Una intelectualidad absorbida por la política de tal manera que apenas alcanza a surgir el mancebo de las aulas cuando ya se le toma para que agite o defienda un principio sin vértebras. Mucho abogado sin pleitos, mucho profesional sin trabajo, y mucho aprendiz de oficio ejerciéndolo como maestro, por falta de mejores concurrentes. Paisaje, paisaje al través de toda la república, paisaje sin colinas, llanura hasta donde alcanza la vista.

Y esta crisis será mucho más larga que la económica y fiscal. Desde luego no tenemos la pretensión de que nadie se alarme por ella en este momento. Cuando la república se enriquezca estará otra vez en el mismo pro-

blema: ocho millones de gente sin cultura y sin sensatez, vanidosas de su prosperidad y comiéndosela rápidamente.

* * *

Aquí peor que allá. En Costa Rica, la clase intelectual de los abogados continúa siendo la que da el mayor porcentaje de hombres distinguidos, y entre éstos, los sobresalientes—don Ricardo Jiménez, don Alberto Brenes Córdoba—son mayores de setenta años.

El individuo y la colectividad

por N. MURRAY BUTLER,

Presidente de la Universidad de Columbia.

Conferencia en el Museo de Arte, Parrish,
de Southampton, Long Island, 31 de agosto de 1930.

Ligeramente abreviada.

Creía Herder en su época que si el progenitor de la humanidad apareciera y viera a su descendencia, se quedaría atónito y perplejo. Si la observación del filósofo pudo entonces ser absolutamente verdadera, hoy ha de ser aún más exacta.

Después que hubo de alcanzar su zenit el siglo trece, las condiciones sociales comenzaron a cambiar radicalmente, han continuado cambiando desde entonces, con rapidez y más complejamente. Primero, el advenimiento y el renacimiento de la Cultura; después, la ascensión y la expansión de las instituciones liberales en el gobier-

no de los hombres; enseguida, la revolución industrial que sumergió definitivamente el viejo orden económico; por fin, las últimas décadas con sus rápidos y sucesivos descubrimientos científicos; con sus investigaciones e invenciones de tan novedosos caracteres, que han creado un laberinto de hechos, de conocimientos y de acciones, en medio de los cuales el mejor observador humano no es capaz de encontrarse a sí mismo.

Existen, no obstante, algunos hilos dirigentes al través de este laberinto. Uno de ellos es el relativo al problema entre el Individuo y la Colectividad. Cuando fue formulado primariamente por los filósofos de la antigua Grecia pareció un problema propio de las elevadas cumbres de la metafísica, de las matemáticas abstractas y de la filosofía contemplativa.

Hoy, este viejo problema, todavía subsiste en aquella misma forma originaria, a pesar de los años que se han sucedido. Expuesto lisa y llanamente, el problema es el siguiente: ¿Cómo el Uno, el individuo, podría existir, desenvolverse, fortalecerse, madurarse, adquirir poderío, satisfacciones y no ponerse en conflicto con las necesidades, los intereses, las ambiciones de los Más, de la Mayoría? O, inversamente: ¿Cómo sería posible que los Más, la Mayoría, la masa, asegurara para ella las esencias humanas de la satisfacción y de la felicidad, y cesara a la vez de crear restricciones, limitaciones, obligaciones, prohibiciones, aprisionamientos, sobre los individuos más capaces, de más prometedora capacidad, de más conspicua medida para desarrollar sus actividades en todas las esferas? Quizás hoy podamos descartar el estudio del problema filosófico puro que esta cuestión envuelve, aunque este aspecto merezca la mayor importancia y considera-

ción, a fin de poder fijar nuestra atención sobre cómo se manifiesta en el campo de la vida cotidiana en nuestros mismos días y sobre nuestra generación.

Cuando las sociedades humanas se hallaban aún en su infancia, cabía presumir que los Más, el grupo, la masa, lo fuera todo; y que el Uno, el individuo, no fuera, en cambio, ni tan importante ni tan sobresaliente. Parece lógico igualmente que entonces, desenvolviéndose el Uno, el individuo, con naturalidad y facilidad, separadamente de la masa común, de los Muchos, así como crecía, fuera diferenciándose más y más de sus compañeros, hasta lograr características propias, modos individuales de ocupación y de entretenimiento, gusto personal, personales intereses, y, por último, empresas propias. En este lento camino, fué naturalmente creándose en el individuo el espíritu de guía, de jefatura, de dirección, imponiéndose sobre otros y haciendo sentir firmemente su personalidad en medio de todos. En algún momento y de algún modo, durante este largo proceso, la noción de la posesión, de la propiedad, surgió. Pudiera muy bien ser que ese espíritu de posesión, de propiedad, fuera un producto de la vida familiar y que creciera primitivamente al lado del cuidado de la madre por sus hijos y del padre por la prole; y que del cuidado de los más jóvenes, de los dependientes, y de un espíritu de protección contra las contingencias y emergencias de un desconocido e insospechado futuro, surgieran también los fundamentos de la gran institución de la propiedad. Sea o no así, lo cierto es que desde muy primitivos tiempos, la historia recuerda al individuo iniciando su ascensión de ladera en ladera, saltando y comenzando desde los más bajos peldaños sobre los cuales iba apoyando su planta desde el alborar

de los tiempos. Desde aquella época a la nuestra, la historia de la civilización ha sido la historia de la evolución de los individuos dignos de nota. La historia del gran general en los campos de los combates marciales; la del gran general de la inteligencia en los campos de la filosofía y de la ciencia; la voz del drama, la de la poesía, la de la música, la de las bellas artes, o la del gran constructor con piedras, o la de las no vistas instituciones que han sido después la más familiar expresión de los propósitos ideológicos e intelectuales que han logrado ocupar y ocupan los picos más elevados de la historia. El espíritu de empresa individual, las realizaciones individuales, los servicios individuales son los topes montañosos, sobresalientes en la vasta área de la civilización humana.

La principal función del pueblo común, ha sido siempre la de producir individuos no comunes. El Uno es el mejor ornamento de los muchos. Separados del promedio colectivo; apartados de la mediocridad, de algún modo, en alguna forma y alguna vez, siempre han existido y continúan existiendo realizaciones individuales, caracteres individuales, logros individuales del más elevado tipo. Este proceso se ha estado verificando miles de años sin contención, sin seria limitación ni posible refreno. Hace algo más de doscientos años, sin embargo, se produjeron en el mundo occidental una serie de acontecimientos que gravemente complicaron este aparente simple proceso de evolución individual. Debemos recordar que en el mundo occidental, distinguiéndose del oriental, esta tendencia a darle al individuo oportunidad para sobresalir, se apoyaba en las creencias y en las instituciones religiosas de los pueblos. Esta tendencia daba

al individuo mucha importancia, tanto sobre cosas del espíritu humano como sobre el carácter, como sobre su salvación y sobre su inmortalidad. El Extremo Oriente poco o nada conoció de esta tendencia y no pudo simpatizar con ella. Las creencias religiosas prevaletantes y los filósofos predominantes en los pueblos orientales uniformemente realzaban la masa, los muchos, no ofreciéndole al individuo ninguna apreciable proporción de la importancia que el mundo occidental le daba. Cuando el cambio se produjo, naturalmente, fue en el mundo occidental donde se sintió su influjo, hallando en el mismo mundo occidental oportunidades conducentes a crear el nuevo espíritu de revolución.

Bajo los impulsos de las nuevas relaciones comerciales y del nuevo orden industrial, los hombres comenzaron a congregarse en las grandes ciudades. A esta concentración se debió el alto desenvolvimiento y el más alto crecimiento del comercio que el mundo ha conocido. En vez de viajes accidentales de tierra a tierra o de mar a mar, en vez de la empresa especuladora y riesgosa de embarcar mercancías de una parte a otra de la tierra, surgieron el espíritu de colonización y las rutas comerciales. Se inventaron los bancos y con ellos el crédito, ese gran instrumento de la vida económica moderna. El hombre comenzó entonces a especular. Crédito significa que el que lo recibe ha hipotecado su futuro. Se comienza a vivir de lo que se tiene la esperanza de poder hacer. Esta condición, este estado mental, introdujo en el mundo occidental una nueva variedad de impulsos. Con estos hechos y en estas condiciones, la acometividad individual y el deseo individual por el éxito, comenzaron a multiplicar sus fuerzas y su poder, buscando expresión material en

la posesión del suelo, en el control de los instrumentos de producción y de transporte. Cuando surgió la industria en grande escala, primero el vapor y luego la electricidad, multiplicando aquellos poderes miles de veces, el escenario de la vida cambió de nuevo. Fue entonces cuando el individuo, que, salvo muy raras excepciones había hallado oportunidad de sellar su personalidad en el campo de las empresas bélicas, o en el de la gobernación política, o en el de la filosofía, en el de la ciencia, el arte o la agricultura, el drama, la poesía o la música, comenzó a hallar también el campo de la riqueza; de la riqueza física, material, monetaria. Estos hechos transfirieron los mayores intereses humanos y el centro de gravedad de las acciones individuales, de los campos en que ellos habían tanto tiempo dominado, a estos nuevos campos que son el producto, cuando más, de las tres últimas centurias.

Al lado de estos nuevos poderes que repentinamente se ofrecieron al individuo, poderes sobre la vida, las ocupaciones y la retribución ajena, rápidamente se creó una nueva filosofía desde el momento en que los instrumentos de producción y las agencias de transportes llegaron a ser objeto de la aspiración de los individuos más capaces, más tenaces, más experimentados. Junto a ellos instantáneamente, y sin consciencia de lo que estaba sucediendo, se creó un nuevo género de poderío. El poder que se había dado a la palabra hablada, a los ideales, a las artes, a las letras, a la filosofía, se transfirió al campo de las cosas materiales. Vino entonces, como inevitablemente tenía que suceder, un creciente conflicto de consciencia con los intereses de las grandes masas. El Uno y los Muchos, el Individuo y la Colectividad, comenzaron a hostilizarse.

Pocas cosas son tan interesantes como retroceder para recordar los sucesos de los últimos cien años y ver cuán naturalmente, cuán inevitablemente, todos estos acontecimientos habían de producir las condiciones que confrontamos hoy. Forman una revolución pacífica del tipo más extraordinario y trascendente. Cuando la traemos a nuestra atención, familiarizándonos con sus diarias evidencias, quizás puedan parecernos sucesos sin importancia, triviales o superficiales; pero en la realidad son hechos profundamente importantes, que han pasado con la grande naturalidad de lo inevitable, mostrándonos el mundo externo y la naturaleza humana tal cual son. Al ponerse en evidencia esta nueva evolución, se vió inmediatamente que los intereses de los Muchos, de las masas, estaban siendo indebidamente dominados por los intereses de los Unos, de los individuos como tales. Los que observaron el fenómeno, insistieron en que alguna forma debía descubrirse, en que alguna nueva organización económica, social o política, debía limitar su actividad, restringir su posesión y su poder material en defensa de los intereses de los Más. Fue entonces cuando los hombres comenzaron ellos mismos a preguntar con ardor y con inteligencia si no pudiera hallarse la manera de volver al sistema económico, social y político que había edificado la antigua Grecia y que había estado predominando elevada y provechosamente casi unos dos mil quinientos años. Precisamente, hace un siglo más o menos, esta cuestión que ahora planteo llegó a ser exacta y claramente definida en la mente de los hombres que formularon alternativos planes de organización social y económica, dándoles sus nombres a esos planes.

Estos planes análogos, aunque diferentes en muchos

aspectos y detalles, se fundan todos en una base común de principio dominante. Ese principio no es otro que el que marca la curva del poder y de la oportunidad individual, de la ganancia y del control económico, a fin de impedir que la vasta mayoría pueda ser llevada a lo que se estima como una forma del despotismo social. En otras palabras, se produjo la revolución de los Muchos contra el Uno, por decisión consciente, bien organizada y firme, de limitar al mínimo las actividades y las oportunidades del Uno; al menos, para todo lo relacionado con el sistema económico y social de los hombres. Probablemente, la palabra aislada que representa mejor estos diversos planes de reorganización económica y social, es la de Colectivismo, en cuya significación pueden comprenderse el Comunismo y el Socialismo en sus variadas formas. Desde luego, es sabido que desde los días en que Platón escribió su *República*, se han escrito toda suerte de proposiciones para lograr la organización colectivista de la sociedad, algunas veces en el campo de la filosofía, algunas veces sobre principios religiosos y ocasionalmente sobre motivos económicos. Ninguno de estos planes, sin embargo, logró ocupar siquiera un lugar donde exponerse, excepto aquellos que han llegado a ocupar un sitio en los museos de la arqueología humana. Ninguno de ellos llegó a afectar sensible o continuamente la conducta o la organización de las sociedades humanas. Justamente, va a hacer un siglo ahora que las condiciones comenzaron a cambiar y estos planes colectivistas a hallar su lugar propio, no sólo en el pensamiento, sino en la acción del hombre. Esos planes podemos agruparlos bajo dos denominaciones: Comunismo o Socialismo. La palabra Comunismo apareció usada por primera vez en Pa-

rís, en 1840, prohijada por un grupo de individuos cuyos miembros llamábanse a sí mismos los Igualitarios. Poco después la palabra Comunismo alcanzó el uso general de que hoy disfruta. El Comunismo puede definirse como “una sociedad capaz de sostenerse por sí misma, distinguiéndose de las otras, al valerse de un trabajo común, de la tenencia de una propiedad común, y del uso de medios comunes de inteligencia y bienestar”.¹ La palabra Socialismo, comienza a tener primitiva historia no antes de 1832. Se originó probablemente en Francia también, donde la palabra *Socialismo* se usaba en contraste con la de *Personalité*. Es verdad que la palabra socialismo la usaron en Inglaterra los partidarios de Roberto Owen; pero, de todos modos, no tiene más de cien años. El Socialismo, puede definirse como “una teoría política de organización social que tiende a obtener el control de los medios de producción, del capital, de las tierras, de la propiedad y sus análogos, por la comunidad, siendo ésta la llamada a administrarlos y distribuirlos”. Es, pues, fácil de advertir que el Socialismo ofrece un programa revolucionario económico y social mucho más estrecho y restringido que el que ofrece el Comunismo. La confusión constante de ambos términos que ha existido durante un siglo en la mentalidad popular, no há contribuido a aclarar la comprensión de la una o de la otra.

¿Qué era lo que estos planes para crear un nuevo orden social y económico, ofrecían combatir o intentaban destruir? Se necesitó hallar un nombre que previamente

1 El comunismo ruso se ha definido más simplemente: es una organización en la cual solamente el proletariado tiene derechos políticos: es la dictadura del proletariado.—E. J. R.

diera objetividad al enemigo del Comunismo y del Socialismo. Cuando se halló, se le dio su nombre al sistema social existente: ese nombre fue el de Capitalismo. Este nombre primariamente, se adoptó bajo la influencia del título de la obra monumental de Karl Marx, *Das Kapital*, que comenzó a publicarse en 1867 y que ha venido teniendo un efecto literario enorme, particularmente sobre la opinión europea, desde que se publicó hasta hoy. El uso de la palabra Capitalismo para describir e identificar el orden social y económico existente pervirtió su significación. Los exponentes y defensores de esa nueva doctrina nunca lo hubieran aceptado; razón por la que han ocultado ante los hombres la diferencia real entre el Colectivismo y sus oponentes, dificultando así toda posible comprensión de la naturaleza esencial del carácter actual del problema entre el Uno y los Muchos. El nombre de Capitalismo, falso como es, ha llegado a ser, sin embargo, el principal punto de combate del Comunismo.

El nombre que debiera de haberse dado al orden político, social y económico existente, pero que desgraciadamente ha sido usado en muchísimos países por un solo Partido Político, es el de *Liberalismo*; liberalismo como término opuesto a toda clase de sistema de despotismo, de feudalismo, de aristocracia; como el término mejor y el más capaz de describir las libres instituciones sobre las cuales la mayoría de los gobiernos de hoy se levantan, y de las que han tomado sus formas características. El capitalismo es un incidente y un producto del crecimiento de la libertad y del desenvolvimiento del Liberalismo. No es la base del Liberalismo ni su objeto. No es ni el primero, ni el fundamental, ni el elemento contro-

lante del Liberalismo; por lo contrario, es siempre un elemento secundario, incidental y subordinado. El principal objetivo del Liberalismo es la libertad humana, y el Capitalismo sólo puede ocupar un eslabón en su cadena, si ayuda y promueve la libertad en vez de restringirla y de impedirla. Si por tanto nos fuera posible cambiar el *forum* del debate entre el Capitalismo por una parte y el Comunismo o el Socialismo de la otra, sustituyendo al Capitalismo con el Liberalismo de una parte, y dejando al Comunismo o al Socialismo en la otra, estaríamos en una posición mental muchísimo más clara y verdadera para comprender lo que se oculta bajo el conflicto actual, y ver cuán cierto es que todo el conflicto descansa y surge como parte del fundamental problema perennemente existente entre los Unos y los Muchos.

Es mucho más fácil sentir y apreciar lo que significa la libertad humana que definirla. En el prolongado curso de los sucesos humanos, la libertad ha llegado a significar libertad de pensar, de hablar, de realizar, de acometer, de poseer, tal como halló formal y legal expresión en los históricos documentos que han marcado el proceso político nacional en la Gran Bretaña, en los Estados Unidos, en Francia y en Alemania. Todas esas libertades se resumen en todos los tiempos, en la clásica forma en que aparecieron redactadas las primeras diez enmiendas a la Constitución de los Estados Unidos que usualmente se conocen con el nombre de Petición de Derechos. La teoría que palpita bajo el Liberalismo es la de la felicidad, la satisfacción y la justicia, para que todos los hombres puedan obtenerla cuando a cada individuo se le da la más amplia oportunidad para lograr el máximo de su felicidad por sí mismo, tomando en cuenta iguales

derechos y oportunidades para todos los demás hombres. Mientras la conclusión de que todos los hombres se hallan investidos con ciertos derechos inalienables, entre los cuales se hallan los de la vida, la libertad y el propósito de la felicidad, parece incontrastable, la acompañante conclusión de la Declaración de Independencia, según la cual todos los hombres son creados iguales, requiere una gran cantidad de explicación antes de que pueda ser aceptada como verdadera. Probablemente no existen dos seres humanos que sean ni hayan sido precisamente iguales en cada uno y todos sus atributos y capacidades. En realidad, la ley de la vida en la naturaleza tiende más a crear la desigualdad y la diversidad de caracteres que todas las otras cualidades de semejanza. Hace mucho tiempo, Leonardo da Vinci escribió: "hasta tal extensión la naturaleza abunda y se deleita en la variación entre los árboles, que no existe una planta que sea exactamente igual a otra; y no sólo entre las plantas, entre las ramas, las hojas y las frutas nadie logrará hallar una que sea exactamente parecida a otra." Lo que es cierto entre las plantas y los árboles, lo es también entre los hombres. Sus diferencias y diversidades son patentes, y precisamente estas diferencias y diversidades, originan todo progreso. Si los hombres hubieran sido creados realmente iguales en todos sus aspectos, las sociedades y la civilización humanas que hoy conocemos, nunca hubieran existido. Progreso significa elevación, y elevación significa avance por encima del muerto nivel de la uniformidad y de la mediocridad.

Precisamente el Liberalismo con este espíritu, es ahora objeto del más vigoroso ataque por la propaganda Colectivista, y ese furioso ataque es el que ocupa hoy el centro

del escenario del mundo. Por encima de las escasas organizaciones colectivistas de muchos países, se alza, a pesar de todo, el experimento social que en proporciones colosales está avanzando en Rusia. Ahí tenemos, ante nuestra vista, un vasto laboratorio de pruebas y experimentos de esa forma de organización política y social tan ardientemente, tan fanáticamente opuesta como una alternativa al Liberalismo y como si constituyera un incontestable progreso en su contra. En el mundo occidental, y particularmente en los Estados Unidos, no es fácil lograr un auditorio de buena fe ante el cual se haga posible explicar el experimento ruso, o en el que se pueda lograr una amplia consideración mental de los principios sobre que se funda. Ese experimento choca tan rudamente a nuestro sentido occidental del derecho y la justicia, e insulta tan arrogantemente nuestra fe establecida en el Liberalismo, que la mayoría cierra los ojos y la mente sobre lo que está ocurriendo en Rusia, declinando considerarlo, excepto para tenerlo como algo irreductiblemente ilegal. Esta actitud, sin embargo, humanamente no puede aceptarse. La tolerancia para las doctrinas contrarias y una buena disposición de ánimo para oírlas y discutir las, son elementos esenciales al Liberalismo mismo. Un liberal intolerante debiera tenerse, aunque desgraciadamente no lo sea, como una contradicción terminológica.

Una área que se extiende sobre la mitad de Europa y una tercera parte de Asia, que ocupa casi una sexta parte de la superficie habitable del globo y que tiene espacio para ciento cincuenta millones de seres humanos, no debe ser repudiada ni ligeramente echada a un lado. Cualquier forma de gobierno o nueva forma de organización polí-

tica y económica que permanentemente llegara a establecerse en ella, se haría sentir sobre todo el mundo fatalmente. La Revolución Francesa, que fue un juego de niños comparada con la Revolución Rusa, rápidamente penetró e influenció las partes más lejanas de la tierra. Nada paréceme más seguro que con una Revolución triunfante en Rusia, fundada sobre el Comunismo y sobre los principios comunistas, ocurra lo mismo. No existe seguramente, una muy amplia y exacta comprensión de lo que realmente está pasando en Rusia. Viajeros emocionados y casuales tráennos cuentas de sus variadas observaciones en constante contradicción, muy pocas de las cuales merecen alguna confianza. Nosotros tenemos, sin embargo, en inglés, cuatro importantes libros, complementarios unos de otros, que si los estudiamos, nos darán la noción no sólo de lo que en Rusia acontece, sino de los fundamentales principios sobre los cuales la Revolución Rusa se basa, y de los últimos ideales que la Revolución Rusa persigue. Estos cuatro libros, todos recientemente publicados, son *Humanity Uprooted*, por Maurice Hindus, *Russia Today and Yesterday*, por E. I. Dillon, *Soviet Russia*, por William Henry Chamberlain, y *Leninism*, por Joseph Stalin. Una cuidadosa lectura de estos cuatro libros, dará al americano inteligente una comprensión de la Revolución Rusa, y le dirá si ha tenido éxito, si deben esperarse que sus efectos modifiquen el Liberalismo al cual el mundo occidental se halla de antiguo acostumbrado.

Una grande y casi insuperable dificultad para poder darle abierta y generosa consideración a la revolución comunista rusa; se debe a la propia intolerancia de los rusos, a su crueldad, a su fanatismo ciego y sin paralelo.

El Liberal ha intentado considerarla desde el seguro terreno de sus propios principios, pero ha notado la ausencia por parte del Comunismo de toda clase de tolerancia, de mentalidad abierta y de las amenidades que son esenciales a toda científica discusión y a todo debate público. Uno de los dichos más jocosos en Moscou, es el de que en Rusia hay lugar para cualquier número de partidos políticos, bastando sólo cumplir con una condición indispensable: que un partido ocupe el poder y el otro la cárcel.

La Revolución Rusa no puede considerarse meramente rusa, pues ella insiste en que se la estime como esencialmente internacional en propósitos, en significación y en alcances. Si no hubieran sido así las enseñanzas revolucionarias rusas, creen sus líderes que el Estado Comunista en Rusia pudiera a su vez haber sido rápidamente objeto de violentos ataques por las fuerzas atrincheradas de los llamados Estados Capitalistas a través del mundo. Justamente es ahí donde se oculta la esencial debilidad de todo el programa Comunista. Si se hubiera contentado con ofrecerse como un gran ensayo, como un ejemplo, como una apelación a la mentalidad general del mundo, como una alternativa del Liberalismo histórico, el Comunismo rápidamente hubiera aparecido ante el tribunal de las discusiones razonables, y una vez libremente debatido, se hubiera impuesto o se hubiera destruido según sus méritos. Cualquiera que sea su filosofía fundamental, el movimiento por sí mismo, con todos sus intentos y propósitos, se suicida por sus propias manos, al intentar perturbaciones internacionales por medio de la violencia como parte de su programa formal. Nada es más evidente que esa parte agresiva del programa comunista; pero si el Comunismo quiere ser oído como

una nueva filosofía social y económica al comparecer ante el tribunal de la universal opinión, tiene que renunciar a aquel principio fundamental de su sistema. En tanto el movimiento comunista vaya acompañado por la violencia como característica indispensable de su propaganda, así también será tratado, por medio de la violencia, por los amantes de la ley y del orden, sin estimación de su origen o de sus simpatías comunísticas. Si el comunismo como una nueva forma de filosofía social quiere encontrar una audiencia de buena fe ante el tribunal de la opinión pública, debe cesar en su campaña de agitación internacional por medio de la violencia. Si no puede o no quiere renunciar a la violencia, su progreso se halla predestinado a la ruina.

El liberalismo tiende a crear una igual oportunidad para todos los hombres, vigilando el control y guiando las fuerzas económicas y sociales que hacen de esa igualdad de oportunidad una realidad y oponiéndose a que pueda convertirse en una mera fórmula. El Comunismo acepta como punto de partida, un sistema económico que controla la vida social con violencia excepcional, manejándolo como sistema fundamental y permanente y aceptándolo como básico para la erección de una clase gobernante que a la vez se confunde con el Estado.

No será nunca bastante, sin embargo, que el Liberalismo descanse sobre sus laureles, señalando lo que ha realizado al través de los años y siglos transcurridos. Debe hallarse preparado para defenderse de las acusaciones que el Comunismo atribuye al orden social existente bajo él, sirviéndose de la experiencia pasada, modificando su política y sumándose una razonable proporción del criticismo comunista, a fin de mantener las

conquistas fundamentales del Liberalismo. Una doctrina de mero *laissez faire*, de mero dejar hacer, no sería suficiente. Ya tuvo su lugar y muy importante lugar en tiempos pasados; pero el movimiento económico de la última centuria ha traído el convencimiento al Liberalismo de que el *laissez faire* no podrá, durante mucho tiempo más, satisfacer las necesidades liberales. Estos hechos resultan como incuestionables de la condición ya señalada, como una de las consecuencias de las empresas individuales que ahora puede comprobarse que han ejercido grandísimo poder sobre la vida, las ocupaciones y las recompensas de los hombres.

Como acontece siempre con todas las cosas que se producen en el curso ordinario de la vida, el punto de partida y el *fin* que persigue el Liberalismo necesitan ser definidos y conocidos con claridad. Lo esencial será siempre que con sinceridad y valentía se realicen los fines que el Liberalismo permita o invite a realizar. No será nunca por medio del Comunismo como los intereses del Uno y de los Muchos llegarán a reconciliarse y a progresar. El Liberalismo, hasta donde el conocimiento y la experiencia humana permiten afirmarlo, él sólo, como Liberalismo, puede hacer todo eso. Perdiendo de vista al Uno, en cambio, el Comunista necesariamente llevará al desastre la causa de los Más.

Posteriormente, en marzo de 1931, en otra conferencia, acaba de decir en la Universidad de California el mismo Prof. Murray Butler:

Los comunistas creen que las instituciones de la propiedad privada, juntamente con la libertad individual,

civil y económica, no sólo deben limitarse, sino destruirse. Los fascistas han construido un cuidadoso instrumento con el sistema de un solo Partido y tratan de demostrar cuán experimentalmente puede usarse para vigorizar y estimular la vida de la nación, ganando al menos la aprobación de una gran parte del país. Mientras estos activos y enérgicos competidores de la democracia se están estableciendo por sí mismos, la democracia se halla en todas partes bajo un ansioso examen introspectivo y de propia acusación. Le basta a uno con leer las discusiones contemporáneas de los asuntos públicos en la Gran Bretaña, en Francia, en Alemania, para obtener alguna noción de la medida de inconformidad que en todas partes existe. Un agudo observador acaba de escribir: "la democracia moderna se ha hecho incomprensible; su trabajo, dificultoso; se ha hecho desconfiada; demasiado suspicaz en todo". Esto lo hemos leído en *The London Spectator* en enero 24 de este año. Claramente demuestra que el pueblo no comprende, y, pueblo que no confía, en corto plazo dejará de gobernarse por sí mismo.

Sumergidos en este pantanoso terreno, sólo parece existir un cambio de salvación segura, y este es el que se obtenga por la ayuda de una opinión pública realmente instruida, enérgica, alerta y liberal. Confiar en nuevas legislaciones sería semejante a tratar de cruzar el océano en un bote de papel. Confiar en una clase burocrática, con sus minuciosos requisitos, sus formalismos, sus legalismos, y sus inconsecuencias políticas, equivaldría a tratar de volar cuando firmemente nos hallamos sujetos detrás de las barras de una prisión. Continuar exaltando a los simplemente ambiciosos, y una vez exaltados por nosotros mismos, investirlos con la sabiduría de Aristó-

teles, la fineza espiritual de San Pablo, la energía de Horacio en el puente, el juicio reflexivo de Washington y la soberbia paciencia de Lincoln, sería convertirnos en una muchedumbre grotesca. Pero ¿qué debemos hacer entonces para poner término a esta situación?

La respuesta es la de que necesitamos provocar un nuevo resurgimiento, una reviviscencia de la cultura, un renacimiento de las convicciones fundamentales, de nuestras firmes energías y del más amplio, tradicional y reflexivo Americanismo.

Guillermo Valencia, abuelo

Gacetilla de *El Tiempo*, Bogotá, 24 de junio, 1931

Ha nacido el primer nieto de Guillermo Valencia. En recuerdo del Conde de Casa Valencia se llamará Pedro Felipe. Llega al mundo cuando desaparecen todos los esplendores que, hace treinta y cinco años, incendiaban los ojos y el alma de su abuelo, uno de los últimos hidalgos de la Castilla americana.

La vida moderna tiende bajo los pies de Pedro Felipe una topografía monótona. Sobre ella triscará el pequeño con una vital alegría de cabrito. Pero le bastará subirse a las rodillas de Guillermo para cabalgar todo un pasado bello y glorioso que se fugó.

Sobre el cielo de Popayán ya no vuelan las águilas

heroicas que, como escapadas de la heráldica, se cernieron un día sobre el cono del Puracé, pero los pájaros mecánicos hacen sonar sus alas de hierro sobre la cabeza de Pedro Felipe. El paisaje de Belalcázar, manchado ya por el humo de los motores, aún podrá ofrecerle rincones de la égloga antigua, ese ambiente de la Geórgica Cristiana que ha pacificado, en largos años de deleite, los sabios párpados del abuelo.

El niño empezará a descubrir el universo. Un día, armado de una barra de jabón y de una jofaina, emitirá burbujas de color que se llevará el viento y desbaratará contra los muebles. Otro día, sobre libros de imágenes, adquirirá nociones panorámicas. Bajo sus dedos bailarán la zoología y la botánica en violentas siluetas de tigres y de espinos. El cosmos sonreirá ante el chiquillo con los colores del arco iris y la cola del pavo real. Esa será su primera lección de estética. Valencia vigilará todo ese aprendizaje maravilloso.

Un día Pedro Felipe, como todos los nietos que desde el principio del alba histórica han renovado la carne y la angustia de los abuelos, le dirá al poeta:

—Abuelito, cuéntame un cuento.

¿Quién será el relator de esas historias? El relato fluirá de los labios sapientes como el agua de un río cristalino. Habrá historias de lobos y de bandidos, historias de brujas y de hadas, historias de ciudades e historias de amor. Como en los tiempos de Silva, el Gato con Botas sucederá a Caperucita. Valencia se escuchará a sí mismo, esforzándose por atrapar toda la música del pasado y después, cualquier día, con la voz en sordina, llamará al niño:

—Ahora, Pedro Felipe, cuéntame un cuento.

Pedro Felipe le contará un cuento al abuelo, pero ya es otro cuento. Es el automóvil que hizo cincuenta leguas en la hora, el negro Chocolate que mató de un puñetazo a su rival en el match de boxeo, la niña que se fugó con el chofer.

El abuelo se siente incómodo y para callar esa boca infantil, la llena de besos y de dulces. Por sobre el cuadro eterno el calendario se desnuda de hojas, y de pronto, como en una extravagante pesadilla, han corrido los años. Pedro Felipe sale de cacería, Pedro Felipe se marcha al club, Pedro Felipe tiene una novia, Pedro Felipe se va a casar, Pedro Felipe se casó.

Pasarán diez meses. En la sala de redacción, envejecida por las patas del tiempo, un cronista empezará a escribir: Guillermo Valencia, bisabuelo . . .

San José, 25 de mayo de 1931.

Sr. don Hernán G. Peralta,
Presente.

Sr. don Hernán Peralta,

Tengo el gusto de responder a las preguntas de su amable carta de 8 de mayo en curso.

Nací en San José de Costa el 6 de abril de 1869. Un año después de haber terminado los estudios de segunda enseñanza, se me confirió, con las formalidades del caso, el título de Bachiller en Filosofía de la Universidad de

Costa Rica, el 12 de diciembre de 1887. Hice mis estudios profesionales en París, en la Sorbona, bajo la dirección especial de los químicos C. Friedel y L. Troost. El 3 de mayo de 1893 fui recibido como miembro de la "Société Chimique de Paris", hoy "Société Chimique de France", honor al alcance de todos los químicos y único que merecí en Europa. Como químico fui en mi juventud un operador muy torpe, pero aplaudido como expositor de las teorías del momento. Durante los años de 1895 a 1897 fui profesor de química e higiene en el Liceo de Costa Rica. El año de 1898 lo pasé en Italia, casi todo en la ciudad de Turín. En los cuatro años de 1899 a 1902 fui profesor de química y director de la Escuela de Farmacia de Costa Rica. Desde 1903 estoy dedicado al comercio, pero he interrumpido algunas veces mis ocupaciones, sea por viajes (a Estados Unidos y al Canadá), sea por ligeras correrías en el campo de la enseñanza (subdirección del Colegio de San Luis, de Cartago, y dirección del Liceo de Costa Rica, en 1905). En la trastienda de mi botica he redactado algunas revistas pequeñas, de carácter enciclopédico pero superficial: "Renovación" (de 1911 a 1913), "Eos" (de 1916 a 1919), "Reproducción" (de 1919 a 1930).

El problema religioso no me ha preocupado. El político, sí. Siento una gran aversión hacia todo lo que limita la libertad individual, principalmente en lo económico. El socialismo de Estado y el comunismo son mis pesadillas, pero no hasta el punto de quitarme el sueño, pues tengo la convicción de que son males no perdurables.

No teniendo marcadas disposiciones naturales para ninguna cosa en particular, me he adaptado fácilmente y con placer a todos los trabajos a que me han obligado

las circunstancias. Para desbaratar una leyenda quiero confesar que nunca he sido muy aficionado a la lectura. Son muy pocos los libros o periódicos que he leído enteramente.

Al escribir estas líneas he tenido muy presente que son para un historiador, que ha de publicarlas en un lugar u otro, y las he escrito con absoluta sinceridad.

Affmo.,

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS.

De las últimas conversaciones

En nombre de un párvulo inocente—Hugo Jiménez—di cien colones a la “Escuela Maternal” que dirigen en esta ciudad las señoritas María Isabel Carvajal y Luisa González. En ese momento no sabía yo que estas señoritas fueran comunistas. Me engañé, pues. Y así lo declaro en descargo de la responsabilidad que pudiera recaer sobre mí.

Al dar, en la forma dicha, la contribución *que me fue solicitada*, pensé que se trabajaba dentro del cuadro de la civilización occidental, única en que creo.

* * *

El maestro que al entrar en su escuela deja en la puerta sus convicciones, no es más que un pobre asalariado.

Una cosa es amansar o domar a un niño y otra es educarlo. Sin credo filosófico no hay educación posible.

* * *

Pase que una madre no pueda amamantar a su hijo. Lo triste es que no pueda inculcarle desde los primeros meses de vida el amor o el respeto a lo que debe ser amado o respetado.

* * *

Por razones económicas y por razones de moral y de higiene, debieran evitarse los matrimonios entre menores de veinticinco años.

* * *

Con ocasión del "Congreso del Niño", celebrado en San José hace poco tiempo, las escuelas oficiales de primera enseñanza organizaron algo que llamaron *la semana del niño*. ¿A quién o a qué se dedican, pues, las otras semanas del año, en las escuelas de niños?

En conexión con el mismo Congreso, se organizaron concursos de niños, con visos de puericultura, y se prestó atención únicamente a las apariencias (las formas, el tamaño, el peso), siendo lo cierto que en biología lo que cuenta en primer término es la CALIDAD.

* * *

El hombre superior tiene un ideal y ha de saber obedecerle. Para obedecerle, no debe comprometer de antemano su libertad con declaraciones acerca de lo que hará o no hará mañana, en circunstancias que no puede prever. Pero si por ligereza hiciere tales declaraciones, debe estar listo a desdecirse antes que desobedecer al ideal.

* * *

Los avances del comunismo nada prueban en favor de él. La humanidad está expuesta a sufrir las peores plagas. Lo que podemos afirmar, porque la Historia nos lo enseña, es que la casi totalidad de los grandes hombres DE TODOS LOS TIEMPOS—los grandes matemáticos, astrónomos, físicos, naturalistas, poetas o filósofos—han sido individualistas. Por esto sostiene el más notable de los comunistas, que hay que comenzar *la revolución* por el desconocimiento de todas las grandes figuras que el mundo ha admirado hasta hoy.

La tendencia al comunismo es indicio seguro de inferioridad mental, inferioridad que es orgánica en ciertos individuos o razas y puramente accidental en otros.

Hace más de veinte años que ciertos sociólogos nos hablan de la *amenaza del sub-hombre*. Y quizá no anden muy descarriados en sus pesimistas predicciones. Del socialismo de Estado (impropiamente denominado a veces *nacionalismo*) se pasa con facilidad al comunismo y luégo a la parálisis asiática. Pero viene siempre después el despertar en los pueblos que no son orgánicamente inferiores, y renace la civilización.

Se pasa del nacionalismo al comunismo con la misma facilidad con que se pasa del individualismo al anti-estatismo absoluto o anarquía propiamente dicha. (Supongo que el lector es bastante culto para no confundir a un anarquista—tal Eliseo Reclus—con un nihilista ruso o un dinamitero de suburbio). Pero las consecuencias de esos pasos son diametralmente distintas. El anarquista es buenamente un utopista. Antes que mal, hace bien, al contrabalancear con su autoridad personal la autoridad del Estado. El comunista, en cambio, es un retrógrado, perfectamente

dañino. Habrá de dar la Tierra millones de vueltas al rededor del Sol antes de que puedan existir sociedades de Eliseos Reclus. Las sociedades comunistas, siendo como son una forma biológica primitiva, pueden reaparecer por degeneración o por reacción y durar cientos de años. Las masas quieren ídolos, quieren cabecillas, quieren tiranías de uno u otro matiz. El comunismo no les ofrece ídolos, pero les garantiza tiranía en escala máxima.

Las palabras de Nietzche son exageradas, pero contienen una gran verdad: "La cultura y el Estado son términos antagónicos".

* * *

Cuanto mejor comprendo la importancia social de una cosa—enseñanza, industria de primera necesidad, etc.—tanto mayor es mi anhelo de que el Estado no la toque. El ideal del comunista es exactamente opuesto a este anhelo. Renuncia él a su libertad en los asuntos capitales—que son los económicos—, renuncia a las grandes libertades por asegurarse unas cuantas comodidades de ínfimo orden.

* * *

León XIII, en una encíclica famosa, alentó a los socialistas, que eran y continuaron siendo enemigos de la Iglesia Católica. Ahora Pío XI, después de algunas vacilaciones lucidas, lanza una encíclica que da alas al comunismo. ¿Qué irá a ganar con ello la Iglesia?

* * *

La salud no es contagiosa. La enfermedad, sí. En las asambleas, la razón es a menudo arrollada por las pasio-

nes. Las decisiones de las mayorías *constituidas en tiempos sucesivos y largos* (a través de los siglos, como se dice), son las únicas dignas de respeto. En asuntos que no sean de ciencias matemáticas, tales decisiones valen como leyes. Para asegurar la ventura de la Patria, hemos de consultar por consiguiente a los viejos y a los muertos, como lo dice la palabra admirable de Guillermo Valencia:

“La venerable Antigüedad relata cómo un día los habitantes de Megara preguntaron al oráculo délfico qué harían para asegurar la ventura de la ciudad; prometiósela el dios si procuraban deliberar siempre con el mayor número, y ellos comprendieron que por estas palabras el dios había querido designar a los muertos más numerosos que los vivos, y, en consecuencia, construyeron su sala de consejo en el sitio mismo que ostentaba los sepulcros de sus héroes.”

* * *

L. Forest, en el mes pasado, después de examinar los presupuestos de las principales naciones, concluye con esta frase, en *Le Matin*:

Sean realistas, dictatoriales o republicanos, en todas partes los presupuestos padecen de los mismos defectos. En todas partes, el Estado quiere ocuparse de todo, y como lo hace mal, echa a perder asuntos o negocios que, sin él, caminarían muy bien. En todas partes el elector quiere vivir del presupuesto, sin fijarse en que siendo él quien llena el tesoro, consume su propia sustancia, a más de los gastos inevitables. EN TODAS PARTES, PARA DISTRIBUIR ILUSIONES ENTRE LOS CIUDADANOS, EL ESTADO CONSUME DEMASIADAS REALIDADES.

Y se decidió por la afirmativa: el hombre es esencialmente libre. Para explicar las limitaciones evidentes de la libertad, aceptó la idea de una *Justicia Eterna*. Para hacer efectiva la responsabilidad, aceptó la idea de la reencarnación. Pero, avanzando así de grado en grado, llegó al punto capital de la biología. Para que el hombre sea libre, es preciso que su sensibilidad no sea mecánica, y para que no sea mecánica es preciso que sea completamente diversa de lo que llamamos sensibilidad en los animales y en las plantas. Esta última sensibilidad nos engaña, dice Colins: sólo el hombre tiene consciencia de la propia existencia: sólo el hombre es realmente sensible.

Tal conclusión choca abiertamente contra la convicción más o menos definida del hombre llamado corrientemente hombre de Ciencia: Darwin o Berthelot, por ejemplo. El hombre de ciencia, sin meterse en honduras, dice sencillamente: si la sensibilidad de un perro, v. gr., es totalmente mecánica, ¿quién me asegura de que no suceda lo mismo en el caso del hombre? Y si en la sensibilidad del hombre hay algo que no sea mecánico ¿dónde está la demostración de que este algo no exista también, así sea en grado mínimo, en todos los seres vivientes? El que una hipótesis sea conveniente o necesaria para resolver a nuestro antojo el gran problema de la filosofía, no constituye prueba de la verdad de esta hipótesis.

Pasando a lo que se llama el problema económico—que no puede resolverse sin haber resuelto previamente el problema filosófico—, Colins nos coloca en un callejón sin salida. En una época de *ignorancia del derecho*, como es según Colins la época en que vivimos desde que vivimos, es preciso una tiranía para guardar el orden

social; y en época de tiranía no es posible llegar a conocer el derecho.

Así, un filósofo juiciosísimo perdió el juicio al final de su carrera.

No he pretendido resumir en cuatro líneas una doctrina expuesta en más de cuarenta gruesos volúmenes. He querido tan sólo decir por fin lo que de ella he sacado en limpio al cabo de largos estudios y discusiones.

Recalco: la idea de la insensibilidad de los animales no ha encontrado adeptos entre los sabios y sin ella se derrumba todo el edificio del colinsismo o del *logarquis-**mo*, como prefieren decir los discípulos del ilustre belga.

* * *

La ciencia nos acerca a la naturaleza. Las creaciones estadísticas nos alejan de ella. Aun el colinsismo, con todo y haber tomado la lógica por instrumento, es en el fondo enemigo de la ciencia. El comunista, más o menos temprano se ve obligado a declararse enemigo de las investigaciones abstractas, sin objeto inmediato. Y son sin embargo estas investigaciones las que realizan principalmente el progreso de la ciencia. Es muy conocida y muy instructiva la anécdota que se refiere de Gladstone y Faraday.

—¿Para qué sirve eso de la inducción eléctrica?—, pregunta el famoso estadista.

—No sé, responde el sabio de primera magnitud, pero sospecho que algún día se convertirá en fuente de impuestos.

Ahora bien, decir inducción es decir todas las maravillas actuales de la electricidad, el gran señuelo del nacionalismo.

* * *

Es una dicha que resulte falsa una conjetura hecha en un rato de pesimismo. Hablando de España dije en febrero que yo no vislumbraba mutación de ninguna clase, y dos meses después cayó la monarquía. Hoy se me hacen largos los días deseoso de saber en qué forma se constituye la nueva república. ¡Ojalá que no tome por modelo a ninguna de las de América!

* * *

Las Juntas de Educación, creadas como organismos complementarios en beneficio de las escuelas oficiales, ¿pueden acordar subvenciones u otros favores a institutos privados? —A mí me parece que no.

* * *

En materia de elecciones políticas, no veo bien qué diferencia deba hacerse según el sexo.—En cuanto a la forma del sufragio—, siempre he juzgado mejor el sistema francés: que cada provincia escoja bien sus diputados y que el presidente de la república sea nombrado por la Cámara.

En los mismos Estados Unidos el sufragio directo va perdiendo su prestigio. El Presidente de la Universidad de Columbia acaba de decir: “El sistema primario directo ha elevado en agresividad la lucha personal y ha eliminado en la realidad la influencia de la opinión pública basada en el conocimiento y la previa consulta. Naturalmente, los más ruidosos defensores de este sistema son sus mismos favorecidos. Pero el resultado de todas estas fuerzas tomadas juntamente ha sido el de

producir entre nosotros al buscador y al mantenedor de empleos, una clase que tiene una psicología y una moral suyas propias, dentro de la cual los elementos más capacitados y mejor dotados de nuestra ciudadanía han sido rápidamente excluidos, o quizá sería más exacto decir que se han excluido ellos mismos."

* * *

Entre el voto secreto y el público, sigo prefiriendo este último. El mayor de los pecados para mí, es el engaño, y a él se presta admirablemente el voto secreto. Además, para que el voto secreto llenara los fines señalados por sus defensores, habría que prohibir las divisas, las ovaciones y los rótulos de las ventanas.

* * *

Hace unos ciento veinte años que Guyton de Morveau, químico y abogado francés, demostró las propiedades desinfectantes del cloro; pero el empleo de este elemento para la desinfección en grande escala no comenzó a generalizarse sino a principios de este siglo. Durante el sitio de Verdún, las dificultades que había para clorurar las aguas destinadas al consumo de las tropas condujeron al descubrimiento de un nuevo procedimiento de utilización del cloro, al cual se ha dado el nombre de *verdunización de las aguas*. Una agua verdunizada es una agua que ha sido agitada no menos de cinco minutos en presencia de una p^equeñísima proporción de un agente clorurante (el cloruro de cal, por ejemplo). En la verdunización el cloro no actúa químicamente; actúa físicamente, por la radiación de sus iones, en forma tal

que las sustancias orgánicas peligrosas contenidas en el agua, no son destruidas (como se decía antes), sino *vitaminizadas*. El agua verdunizada cuesta mucho menos que el agua clorurada por los viejos procedimientos y vale mucho más desde el punto de vista de la potabilidad. Esta información (exceptuado el lado histórico), la tomo de *Le Matin*, sin copiarla.

* * *

Muchas veces se ha hablado—y no sin motivo—de las verdaderas contradicciones en que ha incurrido don Ricardo Jiménez. A esto él podría responder como Víctor Hugo: Bajo todos mis cambios, siempre ha habido en mí el patriota; he sido todo lo que ha sido mi siglo, pero lo he sido todo de buena fe siempre; en mi amor a Costa Rica está la unidad de mi vida.

* * *

El problema del *Uno* y los *Muchos*, la naturaleza lo tiene resuelto, según las leyes de lo que el naturalista llama EVOLUCIÓN. El sociólogo juicioso debe comenzar por imitar al hombre de ciencia: despojándose lo más posible del personal antropomorfismo, debe tratar de descubrir las leyes de la evolución en cuanto concierna a la sociedad. Las organizaciones que se ideen sin acatar tales leyes, están irremisiblemente condenadas al fracaso. Es pueril tarea la de ponerle adjetivos a la naturaleza: ella no es cruel ni amorosa: será cruel para quien vea que han de morir millares de peces para que subsista uno; y será amorosa para quien halle en ese hecho una manifestación del *amor a lo mejor*. Estos adjetivos, más vale no emplearlos. El hecho es que el progreso de

las especies se realiza por selección, y que no hay selección posible donde no hay desigualdad fundamental. ¿Y acaso la especie humana no está sometida a las leyes que rigen para todas las otras especies?

De la respuesta que se dé a esta pregunta—formulada desde la más remota antigüedad—depende el que os podáis llamar LIBERALES O COLECTIVISTAS. ¿Estáis contra Colins o con Colins? ¿Es el hombre el único *sér* apropiadamente dicho, el único ente sensible?

Lo absurdo es proceder como el oriental de nuestros días, que se sirve gustoso del radio y del aeroplano y condena a la vez el espíritu occidental a que debemos el radio y el aeroplano.

* * *

En la obra definitiva del progreso o evolución de la especie humana, la voluntad del hombre no entra ni por mucho ni por poco. La selección se realiza de un modo *natural, inflexible, supra-humano*. Es en vano tratar de estorbarla con instituciones colectivistas, llámense de caridad o como quieran llamarse. Si vamos contra la naturaleza, somos vencidos.

El orden de cosas humanas es el orden de cosas en que la voluntad del hombre sí cuenta como factor, sea lo que fuere en el fondo esto que llamamos voluntad del hombre. Ahora bien, en este orden de cosas humano, el concepto de conflicto entre el Uno y los Muchos es falso en realidad. No hay tal conflicto. Todo cuanto hace el individuo esclarecido egoístamente, en busca del personal bienestar, redundará indefectiblemente en beneficio de los otros individuos de la sociedad. Si acierto, si doy con el buen camino en la busca de mi salud, de mi ale-

gría, de mi felicidad, contribuyo a la vez a la felicidad de los demás. Si levanto mi casa haciendo sombra a las de mis vecinos, mi salud no pasará a ellos, pero sus enfermedades harán imposible mi salud. Háblese de cosas morales o materiales, el capital que cada uno acumula, se derrama a la larga en provecho de los demás. Los dos conceptos fundamentales de la sociología científica son el de EVOLUCIÓN y el de SOLIDARIDAD.

* * *

Hay cosas que no tienen valor sino como instrumentos de acción: un clavo o unas tijeras. Hay otras que tienen valor en sí mismas: el descubrimiento científico o la creación artística. El psicólogo norteamericano Baldwin dio una conferencia en la Universidad de Oxford, hace ya más de 10 años, y evidenció en ella "las monstruosidades que se deducen de considerar el Estado como un valor eterno", esto es, como una cosa que tiene valor en sí. Veamos algunas de estas monstruosidades: El principio de que la necesidad del Estado no reconoce ley moral. El de que la fuerza supraindividual hace el derecho. El de que el fin supraindividual justifica los medios individuales. El de que los tratados individuales obligan con reservas supraindividuales. Etc.

Para Baldwin, el Estado no es más que el instrumento de la nación. Lo supremo es el ciudadano, el hombre, el individuo.

E. J. R.

El desorden con que aparecen aquí estas notas refleja el desorden de las conversaciones a que ellas se refieren.

De Edwin R. A. Seligman

Profesor de Economía Política

Un principio de cardinal importancia, especialmente en los períodos de depresión económica, es el que yo llamaría el principio *económico*, o sea el principio de gravar lo menos posible la vida económica. A este principio, para darle un nombre si se estima necesario, lo llamaría el de la tributación inofensiva, o usando un término latino, el principio de inocuidad tributaria; lo inocuo, lo inofensivo, caracterizando a la tributación. Casi todos los impuestos, desde luego, si son excesivos, perturban la economía. Existe una gran diferencia, sin embargo, entre un impuesto ordinario o normal, al cual llegan a habituarse los pueblos y los negocios, y ciertos impuestos que constantemente perturban las transacciones corrientes. Tomemos como ejemplo la situación de París. En la ciudad de Nueva York, alrededor de la propiedad urbana, se realizan grandes negocios. En París, semejante negocio no existe, porque en París pesan altos impuestos sobre las transferencias de las propiedades, hasta el punto de que los terrenos se compran y se venden en interrumpidos intervalos, mientras en Nueva York los terrenos se compran y se venden justamente como cualquiera otra clase de propiedad personal movable. El caso de París suministra el ejemplo de un impuesto que positivamente destruye una industria determinada, porque siendo estúpidamente gravoso impide la ejecución de los negocios.
